

que guste. Ya sabe que, en una hora, despacho mi labor diaria y dejo de ser escritora para ser una mujer como todas las demás, cuidando de mi casa, recibiendo á los amigos, paseando y comiendo con ellos, yendo al teatro y sintiéndome muy satisfecha de la compañía que me prestan y que, á mi juicio, no es para amargar á nadie la vida. ¿No puede usted contentarse con lo que le ofrezco?

— Pero, si nos ven salir juntos, al cabo de ocho días, todos dirán que soy el amante de usted.

Florisa sonrió tranquilamente:

— ¡Bah! Eso me tiene, en absoluto, sin cuidado. Lo importante es que no sea verdad lo que la gente diga. Por lo demás, el tiempo, al correr, se encarga de colocar todas las cosas en su sitio.

— Y ¿crée que me resignaré á verla constantemente, á saturarme de su belleza y, naturalmente, á desecharla, sin esperanza de conseguirla?... ¡No haga cuenta de eso! Prefiero alejarme y desaparecer. Cerca de usted, sufriría demasiado. ¡Es imposible! No resistiría yo semejante tortura.

— ¡Vea, con cuánta dureza me trata! — protestó Florisa, con los ojos llenos de lágrimas. — Me coloca en la alternativa de sacrificar mis ideas ó de perder la amistad de usted. ¿Es eso obrar con generosidad?...

— ¡Es egoísta! ¡Es feroz! Es todo lo que usted quiera, pero es la contestación inevitable y lógica á la ferocidad y al egoísmo con que me trata. Somos dos adversarios. De los dos, es preciso que ceda uno. ¿Me ama usted lo bastante para ceder?

— Y usted, ¿me ama lo bastante para no obligarme?

— ¡Por amar á usted locamente, es por lo que quiero que ceda! Y porque usted no me ama, es por lo que discute conmigo con la fuerza tranquila y victoriosa de un corazón inanimado. ¡Ah! Me veo condenado á la desesperación. Pero, Florisa, no le daré el espectáculo de mis lágrimas, y no proporcionaré á esos dos malvados consejeros la satisfacción de que vean hasta qué punto han conseguido torturarme. Quédese con ellos; siga viviendo entre esos cerebros helados, entre esos corazones débiles; ¡Me han hecho todo el daño que podían hacerme! ¡Adiós!

— ¡Andrés! ¡No se marche de ese modo!

— ¿Cambiará usted de resolución?

Florisa tuvo el orgullo de contestar con firmeza:

— ¡No!

El literato no replicó palabra, hizo un gesto de desesperación, y se fué. A continuación de esta ruptura con la señorita Barel, y durante el período de ociosidad que siguió, conoció Andrés Treillard á la marquesa de Sortais, El escritor acababa de publicar en la *Revue des Deux-Mondes*, una serie de poemas dialogados, de forma exquisita, en los cuales, á la gracia lánguida de un Vigny, se mezclaba la inspiración sarcástica de un Banville. La Marquesa, que estaba reuniendo, para publicarlas en un volumen, algunas composiciones rimadas que había recitado durante muchos inviernos, en las reuniones más aristocráticas, procuró atraerse y se atrajo inmedia-



tamente á « su ilustre compañero ». En pocos días, Treillard se convirtió en la figura más saliente del salón de los Marqueses, y en colaborador útil de la dueña de la casa.

El señor de Sortais, hildago angevino, gran *sportsman*, ganadero inteligente y cazador empedernido, acogió con marcada simpatía la aparición de Andrés en su palacio. El Marqués era hombre muy práctico que, desde hacía mucho tiempo, había renunciado á intimidades conyugales. Sostenía: una jauría de cincuenta perros para cazar jabalíes; un coto, de tres mil hectáreas, en el cual de celebraban partidas de caza, cobrándose quinientas piezas; una cuadra de caballos de carreras, que le había valido el ingreso como socio en el *Jockey*; y, en fin, una artistuela de *Novedades* que lo engañaba todos los días del año y todas las horas de cada día, con todos los cómicos de París. La fortuna enorme que la Marquesa llevó al matrimonio, daba para todos estos lujos y proporcionaba á su dueña unos respetos que llegaban á extremos de ceguera sistemática. La señora de Sortais tenía derecho para hacer, para decir y para escribir todo lo que quisiera. Su marido lo aprobaba y lo defendía todo. Y había dado la medida de su aprobación, batiéndose con el barón de Grécourt, que se permitió decirle familiarmente que le gustaban más las mujeres con medias color rosa que con medias azules (1).

(1) Hay un juego de palabras, que no tiene traducción en castellano: *Bas bleus*, literalmente *medias azules*, significa en sentido figurado *literata*.

El Marqués extremó las simpatías hasta invitar á Treillard á las partidas de caza. Pero la Marquesa cortó prontamente, por lo sano, estas afectuosidades, encargando á su marido que se abstuviera de quitarle amigos. El señor de Sortais se dió por notificado y no intentó más llevarse á Treillard. Se limitó á pedirle que influyera con los cronistas teatrales, en favor de la encantadora señorita Verval, del teatro de Novedades, á la cual los siempre injustos críticos, se obstinaban en considerar como una tonta, cuando la joven tenía indiscutiblemente madera de primera actriz de la Comedia Francesa. Andrés, atracado de trufas y mareado con *champagne* por su nueva amiga, adulado y festejado por los aristocráticos *snobs* que concurrían al salón de los Marqueses llegó á olvidarse de Florisa y del pequeño cenáculo de la calle de Jouffroy.

La emperezadora y lisonjeante atmósfera de los salones, influyó sobre su sentido moral. Se prestó á pulir los pareados de la señora de Sortais y á rellenar con algunas estrofas substanciales las vaciedades de los poemas de la literata. En esta labor de ortopedia poética perdió un tiempo que hubiera podido emplear mejor en escribir la comedia empezada y ofrecida para el Teatro Intimo. La explicación de esta conducta absurda resultaba muy clara para los amigos de la Marquesa, en vista de las afectuosas familiaridades de la dama para con « su poeta », como ella decía. Cogido en el lazo de las coqueterías mundanas, se había entusiasmado con la señora de Sor-



tais y abandonaba sus habituales tareas para complacer los caprichos de la dama. Ésta lo llevaba, lo traía y lo paseaba, como á un falderillo, sin que el poeta opusiera la menor resistencia. Además, la Marquesa le había explicado que no conviene vivir como un bohemio y que se consiguen muchas ventajas frecuentando el gran mundo.

— Mire, querido, hay que despojarse de pequeneces, y ensancharse el horizonte. Únicamente cultivando relaciones selectas se abre camino para llegar á obtener las altas recompensas y los grandes honores, que son la recompensa apetecida por los literatos. Si no estuviésemos gobernados por insensatos, sería verdaderamente lamentable el que usted no esté condecorado. Pero, bajo el régimen político que padecemos, el hecho puede explicarse. Para conseguir los favores oficiales, es preciso : haber nacido en el Mediodía, lo primero ; luego, ser masón, y, ante todo, amigo de los judíos. Ahora bien ¿ es usted del Norte, tiene ideas sanas y no es feudatario de la tribu semita ? ; Pues, entonces, no hay botón rojo y no hay modo de que dejen á usted entrar en la Academia ! ; Ah ! Es un juego en el que, á pesar de todo, tenemos los triunfos en la mano. Mis amigos apoyarán á usted y la mayoría es antigubernamental, enemiga del Presidente. Es cuestión de alguna paciencia, de mucha habilidad y de numerosos banquetes. Nadie sabe la importancia que tiene la cocina desde el punto de vista académico. La primera condición de un candidato es contar con buen estómago, y poder

comer fuera de su casa, cuatro veces en semana. Esto no se halla al alcance de cualquiera. Conozco hombres de grandísimo talento, que se han visto obligados á renunciar á todas sus ambiciones, por insuficiencia gástrica. Al llegar á un momento determinado de su carrera, el escritor debe dejar de producir para no exponerse á fracasos, y debe ir, todas las noches, al mundo aristocrático, para cuidar su candidatura. En dos campañas de invierno queda asegurado el triunfo. Pero, hace falta una base de operaciones convenientemente preparada. Esa base, la poseo y se la ofrezco : mi salón. Me encargo de que vengan aquí y de que se interesen por usted todos los que han de votarle. Usted se ingeniará para serles útil, publicando en los diarios artículos acerca de sus obras y de sus personalidades. A los que usted no nombre, les diremos que pueden estar agradecidos por esa muestra de respeto simpático. Si se deja guiar por mí, y si es dócil, respondo del buen éxito. Mientras tanto, pasaremos la vida agradablemente. Trabajaremos, pero de un modo práctico, y no á capricho de la inspiración. Hay que desconfiar mucho de los impulsivismos imaginativos. Todo debe combinarse con arreglo al efecto que se desea producir. Hay obras que conviene resignarse á no escribir, y hay trabajos de los cuales es indispensable saber abstenerse. Una vez conseguido el objeto, una vez consagrado, ya puede usted hacer lo que guste. Todo parecerá soberbio. Porque, mire, mi querido poeta, en la vida todo es cuestión



de clasificación. Lo importante, ante todo, es hallarse bien clasificado. El público se conforma con eso y acepta el producto mirando sólo el color del papel de la envoltura y la forma de la etiqueta.

— ¡Extraño desprecio siente usted hacia sus contemporáneos! — dijo Treillard, sonriendo.

— Los trato como quieren ser tratados. No les concedamos honores que no merecen. Aprovechémonos de su estupidez y procedamos como espíritus superiores.

Así, con estos sofismas desmoralizadores, la señora de Sortais había embotado la conciencia artística del escritor, reduciéndolo á la categoría de parásito mundano. Es probable que si la Marquesa se hubiera dirigido exclusivamente á la razón de Treillard, hubiese encontrado formal resistencia frente á las tentativas corruptoras. El claro entendimiento del literato hubiese comprendido prontamente todos los peligros que existían en el programa de ambición desarrollado por la dama. Pero, en el gabinete, á solas con su poeta, la señora de Sortais era irresistible. Proporcionaba á Treillard todas las satisfacciones morales, al par que le excitaba los deseos físicos. Con refinadísimos coqueteos, enloquecía al pobre muchacho, que se contenía, por timidez mezclada de torpeza, en los límites del respeto, hasta los momentos en que se salía de esos límites, siempre con poca fortuna y con demasiada brusquedad. En el acto tenía que volver á su sitio, forzado por la encantadora sonrisa de la dama, que conservaba im-

perturbable serenidad. Entonces, Treillard, después de largas horas de discreteos, que le acalenturaban la sangre, abandonaba á la Marquesa, furioso, despedido, resuelto á romper la cadena que maldecía. Y á la mañana siguiente, tornaba á someterse á la hechizante esclavitud.

Sin embargo, cómo, aun estando muy enamorado, no había perdido la lucidez de raciocinio, llegó á preguntarse por qué la señora de Sortais, habiéndolo elegido, atraído y mimado, lo trataba tan mal, cuando le hubiera resultado muy cómodo tenerlo contento. Antes de conocerla íntimamente, había oído hablar de la dama. Sabía que tuvo relaciones apasionadísimas con el ilustre y simpático explorador Octavio de Verglaine, fallecido en el Sudán, hacía algunos años. Sabía que se hablaba de un enredo, muy oculto, con el célebre cantante Verelli, el barítono italiano que, durante un invierno, fué rey de los salones. ¿Por qué entonces, se mostraba tan severa con él? La frialdad de la Marquesa, cuando intentaba conmovérla con súplicas, la soberana indiferencia que siempre ostentaba ¿no obedecerían á amoríos misteriosos?.. Treillard acabó por decirse: para que no me ame, es preciso que esté enamorada de otro.

Resolvió buscar, inquirir, vigilar. Primeramente pasó revista á los amigos de la casa. Si la Marquesa tenía un amante, ese amante la visitaba y era íntimo del marido. Se sabía la predilección que tuvo el señor de Sortais, hacia Verglaine, y Treillard no olvi-

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
ALFONSO DE VEGAS  
1925 MONTERREY, MEXICO



daba las calurosas simpatías que el cazador le demostraba. Andrés, con fino juicio, calculó que aquella " intelectual " debía tener predilección hacia los hombres de *sport*. Seguramente le complacería el contraste entre la franca animalidad de un robusto mozo, y su femenino amaneramiento, refinado y complejo. Procediendo por selección, Treillard muy pronto concentró sus sospechas en tres candidatos. Y entre los galanes posibles, se fijó más en uno que, por modo especial se mostraba inquietante, por colocarse en segundo término, por la medida con que hablaba, y por la discreción con que sonreía. Ese galán era el guapo barón de Roize, amigo predilectísimo del señor de Sortais, aun cuando era diez años más joven que el Marqués, compañero de sala de armas, de cacerías, de tiro de pichón, de carreras; y hasta había la circunstancia de que la Marquesa se burlaba graciosamente del baroncito, alardeando de despreciarlo un poco.

Instintivamente, sin haber llegado aún á descubrir la intriga, Treillard comprendió que estaban representando ante él una comedia muy sencilla y muy ingeniosa. Sintió un arrebató de cólera sorda y cachazuda, y se dió cuenta de que era imposible prolongar por más tiempo una situación tan cruel. Si los amigos de la Marquesa estaban al tanto de la comedia que en la casa se representaba, el escritor podía resultar, a los ojos de todos, algo más que en ridículo. Aquellos aristócratas debían mirarlo como una especie de primer secretario de la dama, mitad lector, mitad

amanuense, encargado, para complemento, de las gestiones cerca de libreros y de editores. Si así era, Treillard se juró tomar venganza de tamaña afrenta. Pero, primeramente y ante todo, quiso tener la certidumbre de lo que aun no pasaba de ser sospecha.

En una semana, con sagacidad notable, el literato llegó á tener noticia exacta del empleo que daba al tiempo su linda amiga. Y el mismo día en que el barón de Roize se convenció de que Treillard iba siguiendo á la señora de Sortais, ya el escritor, en dos ocasiones anteriores, había visto á su ídolo entrar en la casa de la calle de Falsburgo, y permanecer allí dos horas, saliendo con el rostro cuidadosamente velado, de tal modo, que era imposible ver, percibir las huellas ardientes impresas por el placer. Desde entonces se resolvió Andrés á no guardar miramientos. Dos caminos tenía para dar por terminada la indigna mistificación que con él venía cometiendo la Marquesa. Uno, ruidoso y decisivo, consistía en echarle en cara el nombre del amante, como ya había hecho, pero, ofreciéndole, por añadidura, la prueba de que sabía dónde y cuándo se encontraban.

El otro, más sencillo, más seguro y más digno, consistía en desaparecer, lisa y llanamente, saliéndose de aquella vida ingrata, como había entrado, sin ruido, casi á la inglesa, sin hablar á nadie, dejando á la señora de Sortais luchar con sus propias fuerzas, después de haber sido, por espacio de tres meses, el director intelectual y el maestro literario de la hermosa dama. Y este último camino fué el que



siguió, transido de amargura, con el corazón dolorido por el nuevo desengaño, no creyendo ya en la existencia de la dicha, toda vez que las dos mujeres en las cuales la buscó, se la habían negado por razones muy distintas, pero muy categóricas.

Treillard, dominado por un acceso de sombrío pesimismo, se encerró en su casa y, en unos cuantos días, terminó la comedia que había dejado sin concluir. Entre el argumento desarrollado en la obra, y la amargura personal que sentía, había analogías tan notables que hubiera podido creerse que la había escrito después de la aventura con la Marquesa. De esa coincidencia de situaciones, que, al ser comprobada por el escritor, le excitó el entendimiento hasta el paroxismo de la cólera, resultó una violencia de ideas y una fogosidad de diálogo verdaderamente extraordinarias. Exasperado por el dolor, Treillard se sobrepujó, y en el tercer acto de la comedia puso elocuencia admirable. Hasta la terminación del trabajo, vivió solo, encerrado, servido por su antigua criada que le consagraba cuidados verdaderamente maternales, y, cuando estampó el punto final en el manuscrito, salió pálido, acalenturado, cual si acabase de sufrir una enfermedad; pero muy satisfecho de su triunfo moral y lleno de esperanzas en el buen éxito de la obra.

Durante aquella encerrona de labor, la Marquesa había enviado, en distintas ocasiones, á preguntar por él. La primer vez, Treillard metió en un sobre las cuartillas de la dama, y, sin decir ni una palabra,

se las remitió revisadas, corregidas, aumentadas, y en condiciones de darlas á la imprenta. Florisa Barel también estuvo á visitarlo, sin lograr verlo. Pero logró ver á la criada y por ésta supo, con júbilo, que Andrés trabajaba, como en los momentos de inspiración: encarnizadamente.

Le dejó una tarjeta, en la cual escribió estas sencillas palabras: « ¡ Mucho ánimo! ». Y aguardó á que pasase la crisis literaria. Toda vez que Treillard estaba encerrado en su casa, Florisa deducía que había roto con la señora de Sortais, y, con satisfacción vivísima, la joven suponía que el escritor volvía al trabajo, hastiado de la vida insensata que, durante demasiado tiempo, lo alejó de sus verdaderos compañeros y amigos.